

CUATRO REGALOS

Era un día soleado, de esos que tanto le gustaban, lo observé hacer sus malabares sin que él me mirara aún. Al cambiar el semáforo y recibir un par de monedas volvió y sonrió al verme.

–Hola –saludó.

Respondí a su cálido saludo, le entregué una pequeña caja y le pregunté sobre sus últimos días. No se veía cansado, parecía un chico entusiasmado con su primer trabajo. Me quedé dos semáforos más a su lado escuchándolo, pero faltaba ya poco tiempo para el medio día y tenía que entregar tres regalos más; así que me despedí.

–Gracias –dijo.

De camino al centro de la ciudad pensé en Jorge, su vida me parecía una lección importante, todavía recuerdo esa sonrisa con ternura, su cuerpo musculoso era el resultado de sus esfuerzos netamente físicos para sobrevivir, era, según él, un descanso hacer actos frente a un semáforo.

Llegué al lugar donde estaba la anciana a la que buscaba, yacía, como de costumbre en el mismo andén frente a la empresa de pagos de la energía, algunas personas la ayudaban y otras pasaban de largo.

–Hola Julieta –dije sonriendo.

Me encantaba su nombre, era tan poético y tierno que iba perfecto con ella. Siempre me pregunté el porqué de su situación pero nunca me sentí cómoda para preguntarlo. Me senté a su lado un momento y vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

–Pensé que no volvería a verte –dijo.

–Sabes que no puedo venir seguido –respondí con ternura.

–Lo sé. Lo digo por otra razón. Estuve en el hospital hace unas semanas, dijeron que tengo cáncer y que me queda poco

tiempo de vida –dijo con una leve sonrisa llena de agonía y descanso.

No pude sonreír ante eso, me dolió ver que su vida terminara así, no quería que tuviera ese final, que anhelara de esa manera la muerte.

– ¿No puedes recuperarte? –pregunté.

– ¿Crees que quiero intentarlo? –dijo mirándome compasiva –sé que quieres lo mejor para mí, pero vivir así no es bueno para nadie, créeme que considero este momento un regalo del cielo. Sé que merezco todo esto, prefiero que no sepas porque; pero te agradezco por estar aquí, por las veces que me has acompañado y escuchado. Antes de irme tenía que despedirme de ti.

Mis ojos se llenaron de lágrimas en ese instante y la abracé, su cuerpo era pesado y desprendía un olor desagradable pero la sostuve con fuerza, me dolía mucho pensar en lo que podía estar sintiendo, en el dolor y en el descanso por dejar de sufrir esa vida que le había tocado.

La sentí más pesada y sin movimientos, la alejé. Ella estaba desmayada, me asusté demasiado pero al tocar su cuello, su corazón latía, así que llamé una ambulancia.

En el hospital, eran pasadas la una de la tarde pero noté que los médicos estaban dando órdenes de comprar el almuerzo, todavía tenía dos, así que me acerqué al médico de Julieta y le entregué una caja de comida.

El médico no respondió y solo me observó.

–Es un regalo –completé– y por favor haga lo mejor para que ella no muera.

Me sentí mal ante esa petición, ella quería morir ya, descansar y no sufrir más. Pero yo sentía la necesidad de salvarla, sentía que era mi responsabilidad.

Al instante llegó un hombre, alto, de piel clara y tenía los ojos de Julieta, vestía un traje muy elegante de color negro, <<

debe ser su hijo>>, pensé entonces, dudaba porque ella nunca me había hablado de su familia, de hecho pensaba que ella estaba totalmente sola. Se acercó a la habitación de Julieta y la miró distante. Yo lo observé y sus ojos tenían algo diferente al dolor, era más bien un arraigado resentimiento; sin embargo, su mirada vacilaba entre dicha emoción y la compasión.

Se sentó a mi lado y me miró un tanto intrigado, no era una mala persona, lo supe al instante. Le pregunté sobre Julieta.

–Es mi madre –dijo.

Guardamos silencio un momento y traté de recordar una conversación pasada con ella, había dicho que a veces los padres cometen errores mucho peores que los que cometemos los hijos, aseguró que yo era una buena niña y aunque no le hablé de mí, ni de mi familia dijo que sabía que yo no había hecho nada malo pero ella sí.

– ¿Quién eres? –dijo rompiendo el silencio.

–Una amiga de Julieta –me limité a responder.

No preguntó nada más hasta después de un par de minutos.

– ¿Sabías que tiene un hijo?

–No –confesé– ella se siente culpable por algo.

–Entonces no te lo dijo –murmuró.

No dijo nada hasta que llegó el doctor casi tres horas después.

–No creo que podamos salvarla –dijo resignado– deberían pasar a despedirse –agregó.

Nos miramos y entonces hizo una seña para que yo pasara.

–Ve –dijo– yo no tengo mucho que decir.

Me levanté y pensé un par de veces lo que iba a decir, pero antes de entrar, justo en la puerta, lo miré y dije:

–Quizás deberías perdonarla.

Entré sin decir más, se veía pálida y sus canas estaban desarregladas, pero estaba limpia y olía a hospital, hacia un buen tiempo no se aseaba.

–No quiero que te mueras, pero tampoco quiero ser egoísta contigo, gracias por ser parte de mi vida y por aconsejarme alguna vez, espero que descanses como deseas. Una persona vino a verte, no me habías contado de él, tiene tus mismos ojos y parece una gran persona, también vino a despedirse de ti, así que te dejo con tu hijo –le dije antes de salir.

No sé si fue mi imaginación; pero recuerdo que en ese instante su mano se movió levemente, después de todo su corazón no dejaba de latir, creo que ella escuchó lo que dije.

Al salir miré a su hijo. Él entró inseguro, no sabía lo que diría, estuvo alrededor de cinco minutos dentro y al salir sus ojos estaban lacrimosos.

–Le dije que la perdono –dijo con voz temblorosa.

Le sonreí y esperé que se sentara.

– ¿Te gustaría hablar de ella? –pregunté.

No me respondió al instante pero después de un suspiro empezó a contarme su historia.

–Cuando era niño, solo recuerdo ver a mamá y papá peleando, él llegaba borracho y la golpeaba, con el tiempo ella ya no lo soportó, no lo dejaba entrar y algunas veces intentó detener sus golpes con objetos o golpearlo también pero él era más fuerte, yo crecí mirando eso todo el tiempo y los odiaba a los dos. Un día llegué a casa y quedé paralizado al ver a papá tendido en el suelo, con un montón de sangre alrededor y a mamá de rodillas a su lado con un cuchillo de cocina en sus manos, todavía recuerdo ese sentimiento, los odiaba porque nunca pensaban en mí, ella debió haber sufrido mucho y a él poco le importábamos los dos, salí corriendo de la casa y mamá

salió tras de mí, lo que provocó un escándalo por las manchas de sangre que ella tenía en su ropa, algunos vecinos la detuvieron. De lejos observé como llegó la policía y la ambulancia, se llevaron el cuerpo sin vida de mi padre y la policía se llevó a mamá con sus manos esposadas. Estuve algunos días sin un lugar donde dormir, pero luego mi abuela paterna me busco en la escuela. Todo el funeral y el juicio había terminado, mamá había sido condenada a 26 años de prisión. Nunca la visité, ni mi abuela, yo me negué todo el tiempo a perdonarla, por lo que nunca supe que pasó con ella, después de algunos años tenía la curiosidad de saber cómo estaba, pero nunca la encontré ni tampoco me esforcé mucho por hacerlo y ella nunca regreso a casa. Hasta hoy, que supongo que dio mi nombre para que pudiera despedirme.

–Te llamé la semana pasada –interrumpió el doctor.

Los dos levantamos la mirada.

–Ella me pidió que no lo hiciera, que solo te llamara cuando muriera, pero creí que querías pasar al menos un par de días en su último tiempo de vida, pero no logré contactarte, dijeron que estabas fuera del país haciendo negocios –continuó.

–Así es. Llegue esta mañana –respondió.

El doctor se marchó al llamado de una enfermera por urgencia de otro paciente. Había pasado el día, no me di cuenta de la hora pero me sentía un poco cansada, él lo noto y me pidió que me marchara, dijo que se haría cargo del funeral y me llamaría.

–Soy Esteban, por cierto –dijo.

–Soy Eblyn –respondí extendiendo mi mano.

Después anoté su teléfono y le pedí que guardara el mío y por favor me llamara.

Al salir del hospital estaba bastante oscuro aunque no era tan tarde, el día se había tornado nublado y se veía muy poco, un

par de doctores se marchaban mientras otros cuantos llegaban, al salir del parqueadero, vi que alguien corrió a una corta distancia frente a mí, me sobresalté y detuve el auto, no había mucha gente por ahí, me acerqué pero no vi a nadie por el lugar y luego tuve ese incomodo presentimiento de que alguien me seguía, me giré para mirar pero tampoco vi nada. Regresé al auto y me dirigí al hotel donde solía hospedarme cuando se me hacía tarde. Llegué un poco inquieta por que sentí miedo por los acontecimientos anteriores, todavía estaba nerviosa por la muerte de Julieta y ese presentimiento de alguien siguiéndome me estaba perturbando.

Al despertar tomé una ducha y me dispuse a regresar a casa, en casi una hora de recorrido, pensé en Julieta y Esteban, no me imaginé que ella tuviera familia ni la carga que llevaba dentro y no pude evitar pensar en mis padres, hacía ya dieciocho años de lo que los había perdido en ese accidente pero los seguía recordando y siempre lo haré.

Yo era muy pequeña y no recuerdo claramente pero mi abuela –a quien le disgustaba mi existencia– dijo que habían muerto al instante por el choque, ella, también tuvo una muerte rápida, hacía ya tres años que había padecido una infección en el estómago que acabo con sus días. Yo me había enterado un poco después ya que no tenía una relación cercana con ella y su hijo menor, es decir mi tío, ella parecía culparme por la muerte de mi padre y así lo sentí aunque nunca me dijo porque, razones por las cuales a los dieciséis encontré mi primer trabajo de medio tiempo y salí de casa. Fueron tiempos difíciles pero ya habían pasado, estaba mejor y era feliz ayudando a las personas, entregando cuatro regalos diarios. Cada vez que pensaba en las sonrisas que me correspondían llegaba a la conclusión de que yo no sobreviví en vano, tenía una deuda y la estaba pagando de la mejor manera posible y eso me hacía feliz.

En el camino mientras limpiaba una corta lágrima de mi mejilla alguien se atravesó frente al auto por lo que tuve que frenar de prisa. Era un chico joven, me miró por la brisera fijamente a los ojos, tenía una mirada desconcertada, parecía

llo de locura y cansancio, se acercó a la puerta y me pidió ayuda, me negué al principio porque estaba en mitad de una carretera muy solitaria y podía ser peligroso pero él estaba de verdad desesperado. Al final accedí a ir con él.

Al llegar al borde de una montaña no tan inclinada me detuve reconsiderando la idea de seguirlo, pero él regresó instantáneamente y suplicó que lo ayudara. Continué caminando por lo que podía ser un bosque un poco descuidado, las hojas de los arboles estaban secas y el suelo estaba pedregoso y cubierto de las mismas hojas, de lejos vi a un anciano recostado sosteniendo una herida en su vientre, corrí para ayudarlo y aparté al chico quien se acercó para decirle algo que no pude oír, de rodillas frente a él pregunté su nombre y lo que había pasado <<al fin>>, fue lo único que dijo sin mirarme, saqué mis cosas para intentar curarlo o al menos retener su sangrado mientras llegábamos a un hospital pero cuando acerqué mi mano para revisar la herida en su vientre el anciano se sobresaltó al contacto y me alejó de repente.

– Estoy bien –dijo mirándome a la cara.

Me llené un poco de miedo al ver la reacción del anciano y vi al chico acercarse. Me alejé de ellos, mientras el joven sostenía al viejo, éste me miraba fijamente tratando de descifrarme o esperando una respuesta.

– ¿Cuál es tu nombre niña? –dijo más tranquilo.

–Eblyn –respondí.

Después me miró aliviado y esperó, al abrir mi bolso saqué un desinfectante y un poco de gasa para vendar y como no encontraba el algodón saqué casi todo de rapidez, estaba preocupada por no poder salvarlo, la herida se veía profunda y no dejaba de sangrar.

El viejo me sorprendió cuando se apresuró a tomar una pequeña medalla que cayó al suelo en medio del desorden.

–Son mis padres –dije tratando de hacer que piense en algo diferente, aunque la herida parecía dolerme más a mí que a él.

El abrió la medalla y al verlos sus lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, me detuve ante la conmoción, el anciano lloraba como un niño al ver la foto y no comprendí lo que pasaba. Después de un momento pregunte:

–Disculpe, de casualidad ¿los conoció?

–Definitivamente eres tú –dijo– Pensé que no lo lograría. Niña, ya no tengo mucho tiempo– siguió y su tono de voz fue muy diferente, era cálida y me miraba como si fuera su salvación.

Llevó su mano dentro de su chaqueta todo ensangrentada y con un leve gemido mantuvo la otra en su herida, yo me disponía a por fin curarla aún con la cabeza llena de dudas por sus reacciones pero me detuvo otra vez, me pidió acercarme y al hacerlo y me entregó una piedra sin mucha forma pero tan brillante que tuve que apartar la vista de su reflejo, la observé con cuidado, era verde esmeralda, yo no sabía mucho de joyas pero esa se veía realmente única, cuando pude acercarme a ella vi que tenía algo dentro, no se veía que era pero tenía movimientos lo que era de verdad aterrador.

–Guárdala bien –dijo.

El anciano se recostó y pensé que al fin dejaría que hiciera algo por él pero cuando acerqué mi mano y toqué la herida me sobresalté porque su sangre no manchaba mi piel se volvió blanca como agua y luego desapareció, toqué la herida dos veces más hasta que él tomo mi mano y la apartó.

–No pertenezco a esta parte del mundo –dijo– ni tú tampoco.

Yo no podía creer lo que veía pero seguí intentando curarlo, iba a aplicar el desinfectante pero el chico –del que me había olvidado por completo– intervino.

–Ha completado su misión –dijo con su rostro entristecido.

Giré para mirarlo y entonces supe que el chico podría responder a todas las preguntas que tenía en la cabeza. Se despidió del anciano e hizo una reverencia de rodillas frente a él. El viejo empezó a desaparecer. Su cuerpo empezó a desvanecerse desde sus pies hasta su cabeza y el viento se llevó cualquier rastro de una persona. Eso tenía que estar en mi imaginación, de verdad lo que veía no podía ser verdad, me sobresalté y después de unos minutos de shock empecé a correr, nunca había sentido tanto miedo en mi vida ni siquiera cuando perdí a mis padres, lo que acaba de ver definitivamente no podía ser real. Al pensar en mis padres, recordé la medalla, era la única foto que de ellos conservaba y me detuve considerando la idea de volver.

—Olvidaste esto —dijo el chico y mi corazón casi explotó en ese mismo instante.

Lo miré y mi medalla colgaba de su mano, me quedé mirándolo un momento y no me inspiraba miedo, se veía triste por haber perdido a un ser querido, quizá su padre, algún familiar o tal vez su maestro, pero luego recordé lo que había visto y me apresuré a tomar mi medalla para salir corriendo de aquel bosque.

—No voy a lastimarte —dijo el chico al ver que me acercaba temerosa— por el contrario mi deber es protegerte.

Tomé la foto y seguí corriendo.

—No vas a estar sola —grito el chico a la distancia.

Salí de ese bosque y subí rápidamente al auto, no había transcurrido mucho tiempo así que en medio de la luz del día acelere y no me detuve hasta llegar a casa. Una vez allí me senté en la sala y trate de tranquilizarme, estaba bien, estaba segura y ya no vería a aquel anciano ni a ese chico o eso esperaba aunque en mi cabeza rebotaban las palabras que me habían dicho, además de todas las preguntas que tenía.

Capítulo 2